

CARNE Y ESPIRITU DE HERBERT C. CLARK, MD, O
CINCO LUSTROS DE HISTORIA DEL LABORATORIO
CONMEMORATIVO GORGAS *

Harold Trapido, PhD

Ex-Científico Investigador del Laboratorio Conmemorativo Gorgas y Jefe Encargado del Departamento de Medicina Tropical del Centro Médico de la Universidad del Estado de Louisiana, E.U.A.

Hace unos meses, durante un viaje que realicé a Panamá, Pedro Galindo me preguntó si se podría contar con una contribución de mi pluma para un número especial de la Revista Médica de Panamá que sería publicado con motivo de la celebración del Cincuentenario de la primera publicación científica del Laboratorio Conmemorativo Gorgas de Panamá. Se me indicó que el tema de la contribución era de mi libre elección, aunque mi amigo Pedro sugirió que alguien debía escribir sobre el hombre que llegó al Laboratorio como su primer Director el 1o. de enero de 1929 y que guió su desarrollo, desde las tareas mundanas de la instalación de los servicios de agua, luz y teléfono, a

través de su intrincada dirección durante los siguientes veinticinco años de pionera investigación sobre las enfermedades del hombre y de los animales en el trópico, hasta que se jubiló el 30 de junio de 1954. Ese hombre se llamó Herbert C. Clark.

No podría pensar en tarea más grata que escribir sobre la personalidad de Clark, a quien sus subalternos apodamos cariñosamente "Tío Herbie", porque fue Clark quien nos inició a mí, a Pedro y a muchos otros, en los deleites intelectuales que constituye la investigación de las enfermedades y de sus vectores en los trópicos. La ocasión también me pareció propicia para escribir sobre el hombre que en

* Traducción de Pedro Galindo. He traducido este artículo con todo el respeto y cariño que me merece el recuerdo del maestro y padre espiritual que guió mis primeros pasos a través de la intrincada maraña de la investigación científica y la estimación que le tengo a Harold Trapido, compañero inseparable de trabajo bajo la tutela de Herbert Clark e íntimo amigo por más de treinta años.

el año de 1930, primer año de las publicaciones del Laboratorio Gorgas, sacó a la luz pública los dos primeros ensayos que establecieron las pautas para la amplitud de temas que ha caracterizado al programa de investigaciones del Laboratorio a lo largo de su historia. Estos dos ensayos fueron: uno sobre el efecto del traumatismo en las infecciones palúdicas, y el otro sobre hemoparásitos de los monos silvestres de Panamá.

El interés central del Dr. Clark a lo largo de toda su carrera profesional fue la protección de las poblaciones rurales de los estragos de la malaria por medios quimioterapéuticos y a un costo razonable. En Panamá, este interés del Dr. Clark tuvo su origen cuando el paludismo se presentó como un serio problema entre la fuerza laboral en la construcción de la Represa Madden, poco tiempo después de inaugurado el Laboratorio Conmemorativo Gorgas. El plan del Dr. Clark fue de tomar placas por malaria a todos los trabajadores y leer dichas placas al día siguiente, con el fin de regresar con los resultados y tratar a todos los casos positivos durante el tercer día. Con este método sencillo se logró una reducción drástica en las tasas de malaria que para entonces habían alcanzado un nivel mayor del 50%, y se consiguió una notable mejoría en la salud general de la po-

blación. El Dr. Carl Johnson, compañero de trabajo del Dr. Clark por muchos años, me manifestó: "Yo considero que la gran contribución de Clark en el campo de la investigación de la malaria fue su concepto sobre el control de la enfermedad. Él sentía que el ataque al parásito debía dirigirse a la parte de su ciclo que se desarrolla dentro del hombre, ya que es allí donde los mosquitos adquieren el parásito para transmitirlo. Lo que entonces se podía hacer contra el mosquito en situaciones rurales era muy limitado. Pero el Dr. Clark tenía una fe ciega en la humanidad y era de opinión que con paciencia podían obtenerse grandes logros trabajando con los seres humanos. Este postulado sirvió de guía para las encuestas malariométricas y los programas de tratamiento que estableció en las poblaciones del río Chagres". Sus estudios sobre el control de la malaria en estas poblaciones y en las de las riberas del Lago Gatún fueron verdaderos esfuerzos pioneros realizados durante los años de 1930 y 1940, antes del advenimiento del DDT y de los insecticidas residuales.

En el curso de estos estudios que lo llevaron a visitar algunos villorios panameños, a intervalos regulares, el Dr. Clark era recibido con beneplácito por jóvenes y viejos. Los niños del pueblo lo seguían como quien sigue a un

gaitero. Las clases de las pequeñas escuelas eran suspendidas mientras el Dr. Clark y sus ayudantes tomaban muestras de sangre de los niños para preparar placas. Las madres traían a los pre-escolares en sus brazos para ser examinados. Una de las mujeres del pueblo aceptaba gustosa la tarea de preparar un sañicocho de gallina. El Dr. Clark se sentía tan a gusto entre las gentes del pueblo como con científicos, médicos, ejecutivos y políticos de alta alcurnia. A todos trataba con la misma cordialidad y cariño.

Años más tarde, después de la aparición de la fiebre amarilla selvática en Panamá, él fomentó los estudios sobre la epidemiología de esa enfermedad mientras el virus amarílico recorría el Istmo y las repúblicas centro-americanas. A pesar de que ya pasaba de los setenta años, el Dr. Clark participó en forma vigorosa en las frecuentes giras organizadas por él para la recolección de sueros de monos con el fin de someterlos a estudios para determinar la presencia de anticuerpos contra la fiebre amarilla. Estas giras cubrieron toda la extensión de Panamá, como también hubo expediciones que visitaron la isla de Coiba y hasta la parte sur de México, en busca de sueros de simios que brindaran información sobre la diseminación de la enfermedad.

También se preocupó el Dr. Clark por otras enfermedades del hombre, tales como la enfermedad de Chagas, la amebiasis, la fiebre recurrente y la tuberculosis. Sin embargo, sus intereses no se circunscribieron a las enfermedades humanas, sino que también condujo estudios sobre las enfermedades de los equinos, en particular la tripanosomiasis equina.

La descripción que me ha brindado Carl Johnson del Dr. Clark llevando a cabo una autopsia en un caballo, hecho ocurrido antes de mi llegada al laboratorio, vale la pena repetirla: "Su autopsia de un caballo era algo fantástico. Para llevarla a cabo se calzaba botas altas y se quedaba en camiseta. Normalmente, para realizar una autopsia en un equino, el cuerpo del animal se coloca sobre uno de sus lados. El Dr. Clark procedía a remover la pared abdominal, a separar el esternón y a jalarlo hacia atrás, como quien tira de una página de un libro. Ya al finalizar la autopsia el Dr. Clark había llegado a situarse dentro del cuerpo del caballo muerto, completamente cubierto de sangre. En todas las veces que yo lo observé llevando a cabo esta operación, nunca lo vi usando guantes! Cuando él realizaba cualquier tipo de autopsia hacía un trabajo completo, examinándolo todo; preparaba placas de sangre, tanto en frotis como en

gota gruesa; hacía impresiones del bazo, hígado y nódulos linfáticos, y fijaba toda clase de tejidos”.

El cuerpo de investigadores del Laboratorio Conmemorativo Gorgas era pequeño, debido a limitaciones presupuestarias. Sin embargo, el Dr. Clark nivelaba la situación apoyando en su labor a visitantes científicos extranjeros para que trabajaran en el Laboratorio y lo utilizaran como base para investigaciones de campo, a lo largo y ancho de Panamá. Un número apreciable de distinguidos visitantes aprovecharon la hospitalidad extendida por Clark, entre ellos: Adolph Schultz y Robert Hegner de Johns Hopkins, George Wislocki de Harvard, Ernest Carrol Faust de Tulane, Oliver McCoy de la Universidad de Rochester, los Taliaferos de la Universidad de Chicago, Samuel Hildebrand del Buró de Pesca de los Estados Unidos, William Trager del Instituto Rockefeller, Emmett Dunn de Haverford College, Henry Kumm de la Fundación Rockefeller, Ray Carpenter de la Universidad de Yale, y muchos otros. El interés de estos científicos y sus publicaciones cubrieron un amplio espectro de temas científicos, desde encuestas serológicas sobre *S. aureus* amarilla y parásitos intestinales y sanguíneos, hasta investigaciones sobre la fauna de peces, anfibios, reptiles y mamíferos, para

mencionar solo algunos de estos temas.

El Dr. Clark era un patólogo de fama internacional. Durante los muchos años que sirvió en los Laboratorios de Salud Pública de la antigua Zona del Canal, llegó a realizar alrededor de 4,000 autopsias en cadáveres humanos; los volúmenes empastados de los informes de estas autopsias eran mantenidos en un lugar especial en la biblioteca del Laboratorio Conmemorativo Gorgas. Durante sus años en el Laboratorio Gorgas el Dr. Clark mantuvo vivo su interés en la Patología Microscópica actuando como consultor del Departamento Médico de la United Fruit Company. Su microscopio estaba situado sobre un banco en el mismo cuarto de laboratorio donde yo trabajaba. Cuando su técnico de tejidos, Pedro Ortíz, terminaba la labor de cortar, teñir y montar en placas los tejidos recibidos de manos del Dr. Clark, éste hacía su aparición para leer los resultados. Sus conocimientos y su experiencia como patólogo eran tan vastos, y la confianza en su propio criterio tan profunda que, con frecuencia, en vez de colocar el porta-objetos bajo los lentes del microscopio, lo sostenía en alto a la luz del sol que entraba por la ventana y escudriñaba fijamente la sección de tejido, refunfunando entre dientes su opinión. Luego examinaba la

placa rápidamente bajo el objetivo de menor magnificación de su viejo microscopio para terminar escribiendo unas cuantas líneas de diagnóstico en la cuadrícula del paciente.

Hubo un día, en enero de 1949, cuando ocurrió un cambio en esta rutina de muchos años. No es probable que un hecho cualquiera hubiera causado este cambio. Pero se trataba de la llegada de la fiebre amarilla a Panamá, después de una aparente ausencia de 40 años. En la mañana de ese día el Dr. Norman Elton, patólogo y Director del Laboratorio de Salud Pública de la antigua Zona del Canal, había visitado al Dr. José Manuel Herrera, patólogo del Hospital Santo Tomás, quien le había mostrado varios cortes de hígado de casos fatales recientes cuyo diagnóstico estaba siendo evaluado, y para el cual se había considerado la posibilidad de atrofia amarilla aguda del hígado y, aunque a algunos le pareciese absurdo entonces, la de fiebre amarilla. El Dr. Elton, autorizado por el Dr. Herrera, llevó esa tarde varias muestras de tejidos montados en portaobjetos al Laboratorio Conmemorativo Gorgas y me manifestó: "Yo pongo en juego mi reputación profesional de que se trata de fiebre amarilla". El Dr. Elton buscaba al Dr. Clark en consulta como el único patólogo en Panamá que había vivido la

experiencia de diagnosticar patológicamente casos de fiebre amarilla en los primeros años del siglo.

Desafortunadamente, ese día el Dr. Clark se encontraba en el campo realizando una de sus encuestas malariométricas mensuales en el río Chagres. Lleno de excitación, el Dr. Elton dejó en mis manos las muestras patológicas. Al caer la tarde, los participantes en la gira regresaron y el Dr. Clark se detuvo en el Laboratorio, cansado, acalorado y empapado en sudor, para examinar brevemente el contenido del correo del día, como era su costumbre hacer antes de retirarse al hogar. Lo intercepté al entrar por la puerta principal para informarle de las placas que el doctor Elton había dejado conmigo. La mejor forma de describir cortésmente la respuesta del Dr. Clark a tan inverosímil historia de casos de fiebre amarilla en Panamá, es diciendo que emitió un gruñido de impaciencia. Continuó hacia sus oficinas, mientras yo subía las escaleras hasta mi laboratorio considerando terminada mi misión. Algunos minutos después oí unos pasos fatigados que se acercaban a mi puerta, y el Dr. Clark entró a mi laboratorio. Sin decir palabra, le entregué el material patológico dejado en mis manos por el Dr. Elton. Siguió la rutina del examen de las placas contra la luz y luego su colocación bajo la

magnificación más baja del microscopio. Pero aquí ocurrió un cambio. Cautelosamente, volvió a recorrer la placa una segunda vez, cambió los objetivos hacia una magnificación mayor y luego buscó el aceite de inmersión y volvió su microscopio hacia su aumento máximo. Pasaron cinco minutos, después diez, y a los quince minutos el Dr. Clark continuaba trabajando en el microscopio! Finalmente, se levantó lentamente de la silla y dijo: "Bueno... en lo que he visto no hay nada inconsistente con un diagnóstico de fiebre amarilla". El Vómito Negro había regresado a Panamá.

Los hechos que se sucedieron son ya parte de la historia y son relatados por Pedro Galindo en este número. Con la llegada de la fiebre amarilla un nuevo problema acapararía el interés del Laboratorio Conmemorativo Gorgas hasta el presente. El Dr. Clark contaba con 71 años de edad cuando se hizo aquel ominoso diagnóstico de fiebre amarilla, pero su avanzada edad no fue obstáculo para que participara activamente en las investigaciones epidemiológicas de campo durante los siguientes años de la década del cincuenta.

El Dr. Clark procedía de robusta cepa cuáquera de Indiana, un hombre con arraigados principios de la vieja escuela. La autosuficiencia y la voluntad de rendir lo mejor posible con lo

que se tiene a mano constituían su credo. Sentía un olímpico desprecio por ciertos artefactos modernos, como aparatos de aire acondicionado y hasta por abanicos eléctricos. A mi llegada al Laboratorio Conmemorativo Gorgas en 1944, el único edificio con que contaba la institución estaba equipado con solo un abanico eléctrico que estaba reservado para su lugar especial, al lado de la tribuna del orador de turno, en el auditorio donde se celebraban las reuniones de las sociedades médicas de Panamá. Como un mes después de mi llegada tuve que llenarme de valor para acercarme al Dr. Clark y solicitarle si sería posible comprar un abanico eléctrico para mi laboratorio. Aún recuerdo vívidamente la mirada de desprecio que me dirigió al enterarse de esta debilidad mía! Pero tengo que reconocer que varias horas después subió a mi laboratorio y, aunque refunfuñando, aprobó la compra del abanico.

Una faceta del carácter del Dr. Clark, que formaba parte de la naturaleza de su personalidad, era el apoyo irrestricto que siempre brindaba a su personal en su trato con terceros. Si algunos de sus subalternos tenía dificultades, él estaba siempre presto a auxiliarlo. Un incidente que ilustra esta virtud del Dr. Clark es la experiencia que me contó Carl Johnson quien, cuan-

do ocurrieron los hechos en 1944, era un reconocido protozoólogo con el grado de Sc.D. de la Universidad de Johns Hopkins, pero quien aún no había obtenido el título de médico. Para ese entonces, él había adquirido un creciente interés en los aspectos clínicos del tratamiento de la amebiasis y estaba involucrado en algunos ensayos clínicos sobre la administración oral de la emetina, en colaboración con algunos médicos del hospital Gorgas. Al tener conocimiento de los experimentos, el Jefe de Medicina Interna del Hospital ordenó al Dr. Johnson que saliera del hospital por no tener el título de médico, a pesar de ser considerado como una autoridad en el campo de la amebiasis.

Al enterarse de lo ocurrido, el Dr. Clark irrumpió en las oficinas del Director de Salud Pública de la antigua Zona del Canal y exigió que se reconociera la competencia del Dr. Johnson para participar en los estudios sobre amebiasis. El Director se mostró de acuerdo, y en la presencia de los doctores Clark y Johnson, llamó por teléfono al Hospital e inmediatamente arregló el asunto. Carl Johnson volvió a participar en los estudios. Pero en ese momento también decidió obtener su diploma de médico y así lo hizo en la escuela de medicina de la Universidad de Stanford. Algunos años

más tarde el mismo Jefe de Medicina Interna, ahora profesor en una escuela de Medicina de los Estados Unidos, se enteró de que Johnson había obtenido el título de médico y le escribió felicitándolo. Esta anécdota ilustra no solo el apoyo que Clark brindaba a sus subalternos, sino también la forma en que él valorizaba a las personas por lo que eran y no por los títulos que ostentaban.

Si se necesitara otra anécdota para resaltar la preocupación de Clark por sus subalternos, ninguna mejor que aquella que forma parte de las Actas de una reunión de una de las subcomisiones del Senado de los Estados Unidos en 1948. En ese año el 80avo. Congreso de ese país consideraba elevar el límite presupuestario del apoyo financiero para el Laboratorio Conmemorativo Gorgas de \$50,000, cantidad en la que había permanecido por 20 años desde 1928, a \$150,000 anuales. Ese fue un año en el que la economía en los gastos era el evangelio del Congreso. El conseguir que se triplicara el presupuesto del Laboratorio Gorgas representaba una tarea titánica. El hecho que finalmente logró convencer a los legisladores para que votaran a favor de la medida fue el interrogatorio del Dr. Clark por el Senador Hill durante las audiencias sobre el presupuesto. El Senador Hill había sido uno de los

más conspicuos patrocinadores del Laboratorio Conmemorativo Gorgas desde su fundación y estaba bien enterado de su situación financiera y de las severas restricciones presupuestarias bajo las cuales estaba operando. El Senador se vió obligado a utilizar todas sus argucias parlamentarias para lograr la admisión de parte del Dr. Clark que con el límite de \$50,000 anuales en los gastos del Laboratorio y el aumento en los costos básicos de operación, se había visto obligado a reducir su propio sueldo para lograr los fondos con los cuales aumentar el salario del personal subalterno panameño! Esta era una nueva experiencia para los legisladores, quienes nunca habían sido confrontados con tal magnanimidad. Aquí terminó la audiencia en forma abrupta y se logró el aumento en la autorización presupuestaria deseada.

Para resumir mis impresiones sobre la personalidad de Herbert C. Clark, sería difícil mejorar la citación que acompañó a la Medalla Richard Pearson Strong otorgada al Dr. Clark en 1959 por la Fundación Americana de Medicina Tropical, ocasión en

que el Dr. Clark había alcanzado ya la edad de ochenta y dos años: "PIONERO EN MEDICINA por más de medio siglo; INFATIGABLE INVESTIGADOR de las enfermedades del hombre y de los animales en los trópicos; CELOSO GUARDIAN de las aldeas del río Chagres azotadas por la malaria, a cuyas humildes víctimas les dió salud; ESTIMULADOR DE LA INVESTIGACION ya fuere en la cabecera del paciente, en el laboratorio o en el cubil de las enfermedades en las recónditas selvas; PERSEGUIDOR SIN CUARTEL del virus de la fiebre amarilla al cual acosó a través de los bosques de Meso América; PATOLOGO INQUISITIVO que obligó a las lesiones, tanto microscópicas como macroscópicas, a divulgar sus mórbidos secretos; AMADO MAESTRO, tanto de la juventud, como de sus colegas y de sus mayores, ya fuere en la mesa de autopsias, en las tribunas internacionales o en el recibidor de los hoteles, y cuyo gentil humorismo ha contribuido a fijar firmemente en las mentes de sus oyentes los principios biológicos".

Todo esto fue y sigue siendo una gran verdad.